



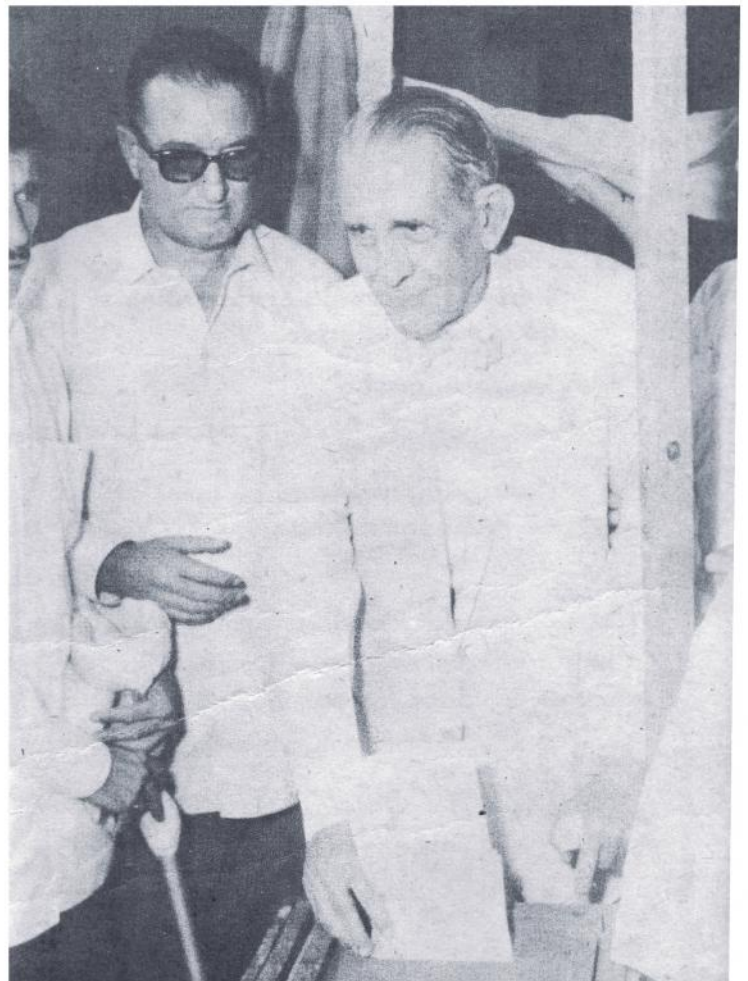
De pie ante un retrato del déspota fugado, Andrés Rivero Agüero prende un tabaco, apurándolo con frívola expresión. Es un símbolo vivo de la eterna politiquería, sumisa a la fuerza e indiferente al dolor de Cuba.

No es una fila consciente y ordenada de ciudadanos, en el acto responsable de depositar el sufragio libre y democrático, sino un grupo de muñidores, botelleros y sicarios de la tiranía, sin compostura ni civismo, tarificando el voto a tanto por cabeza.



# AHORA SI PUBLICAMOS LAS FOTOS DE LA FARSA ELECTORAL

**C**UANDO aún muchos desesperaban de ver caído el régimen de la vileza, BOHEMIA fue protagonista de un serio incidente más de los muchos sufridos con posterioridad al 10 de marzo de 1952. El episodio fue vergonzoso para los sicarios que lo provocaron y honroso para nuestro director. Sucedió a raíz de ser proclamado presidente electo, por los usufructuarios del oprobio, Andrés Rivero Agüero. Se estaba tirando ya la edición de aquella semana. Súbitamente llamó el titular de Gobernación, Ramón Jiménez Maseda, para notificar que BOHEMIA no podría salir si no daba a la publicidad los resultados de los comicios espurios celebrados días antes. Informado de la amenaza Miguel Angel Quevedo, que se hallaba en Nueva York para recibir el Premio Moors Cabot, respondió telefónicamente para invertir los términos de la bárbara exigencia: BOHEMIA prefería no salir más nunca antes que registrar en sus páginas ese capítulo de la vergüenza nacional. En represalia, horas más tarde, el mil veces odiado Esteban Ventura Novo, al frente de sus torturadores, ocupó el edificio de esta revista durante un día, vejando a su personal y tratando de intimidarlo. Al cabo, con mejor juicio, la dictadura prefirió retirar sus garras ensangrentadas de un órgano insobornable de la prensa cubana, sin duda por temor a las repercusiones domésticas e internacionales del acontecimiento.



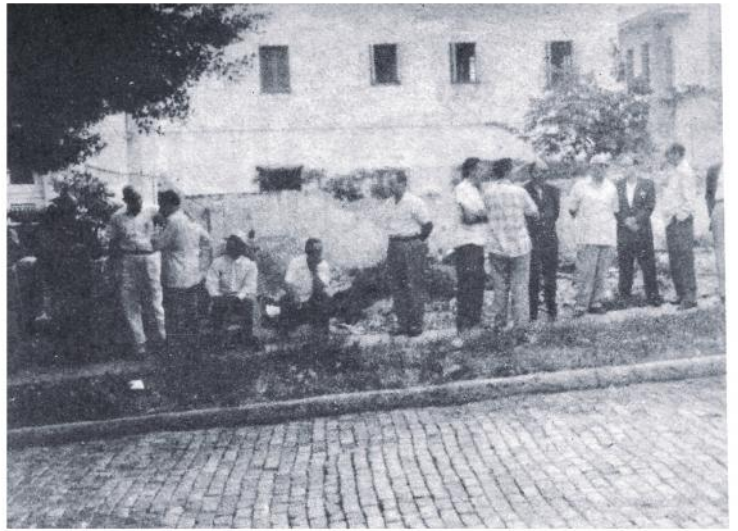
Mientras los cubanos ofrendaban su vida por la libertad y la pirámide de muertos hacia del batistato el enemigo número uno de la democracia en las Américas, la sonrisa aviesa de Grau cubrió con su dosel la comedia electoral. Una página de ignominia en el crepúsculo de una existencia.





De Alberto Salas Amaro, ¿qué decir? Figura minúscula, carente de trascendencia para el bien o el mal, sirvió de comparsa al régimen de los monstruos y pasó, sin pena ni gloria, por el cieno de noviembre último.

En uno de los cuarteles asaltados por el pueblo —no importa cuál, porque todos eran iguales— aparecieron montones de cédulas, como muestra esta foto. Teníamos razón: las del 3 de noviembre fueron, efectivamente, una burda mojiganga electoral.



Otra hilera de participantes a la despreciable comedia comicial del batisfotato. Quién sabe cuántos pobres empleados públicos forzados, comerciantes amenazados temerosos de represalias y vividores de la política de oficio figuran en ella.



De la cima al precipicio: de la presidencia de una Asamblea Constituyente democrática a la complicidad sin nombre con la mascarada que trató de tapan el luto y el dolor de Cuba. Caída política lamentable la de Carlos Márquez Sterling.